

cir poético, y nuestros corolarios que establecen el carácter autárquico, fundante y no fundado, de este decir, nos sugieren inmediatamente la posibilidad de una interpretación homóloga del decir filosófico. En efecto, no podemos considerar el decir desplegado, por ejemplo, en la *Lógica* de Hegel como un discurso que este profesor alemán dirige a su posteridad; no lo podemos por la misma razón que nos impide entender el *Edipo Rey* como un discurso de Sófocles: la estructura semántica de las frases de la *Lógica* no denota a G. W. F. Hegel como el sujeto que las dice; denota más bien, muy claramente, que el sujeto que habla es el mismo objeto de que se habla, esto es, el principio del todo; pero lo más notable es que el decir filosófico no se presenta como sustentado por este sujeto que coincide con su objeto, sino, si cabe, como sustentándolo, en cuanto dice que sólo así, diciéndose, el primer principio alcanza perfecta actualidad (*An-und-für-sich-sein*).

Un último punto quisiéramos tocar antes de poner término a esta dilatada reseña. En el mundo imaginario que conjura el decir poético valen las mismas categorías del mundo real. Una poesía "abstracta", no representativa, es una poesía suicida. ¿A qué se debe esto? Obsérvese ante todo que las categorías imperantes en el mundo poético no son las de la física más reciente, sino, ahora como siempre, las categorías de llamada "visión natural" del mundo. El Profesor Martínez afirma que la visión natural del mundo es condición de posibilidad (en jerga kantianizante: "forma trascendental"; pág. 154; cf., pág. 62), y someramente nos explica por qué: el lenguaje poético se comprende como lenguaje humano, como discurso en una lengua determinada, y "en las significaciones usuales de las palabras de una lengua yace la visión natural del mundo" (pág. 155). Esta explicación es más honda de lo que parece. La apreciaremos mejor si la leemos invertida: visión natural del mundo es la que yace en las significaciones usuales de las palabras de una lengua (pero no sólo en las significaciones, también en la sintaxis y hasta en la morfología); llamamos "visión natural" la regida por las categorías que nos rigen al hablar. Así podemos entender que la "visión natural" cambie en el curso de la historia —*con la lengua*— y que el propio decir poético (no menos que el filosófico) sea un agente destacado de ese cambio.

Roberto Torretti

<https://doi.org/10.29393/At392-89TCAB10089>

Las Tres Caras de un Sello, de ELISA SERRANA

Zig-Zag, 1961

Como para confirmar las repetidas aseveraciones de Joaquín Edwards Bello con respecto al dominio del matriarcado en Chile, dos escritoras recién iniciadas en el campo de la novela acaparan la atención de los lectores chilenos y han venido a sumarse a las numerosas damas con calidad y méritos suficientes para figurar en primer rango en la literatura nacional, sea en la poesía, la novela, la literatura dramática, el cuento y el ensayo.

Con respecto a Elisa Serrana existía ya un antecedente auspicioso: había publicado algunos cuentos siendo premiado uno de ellos en un Concurso del Sindicato de Escritores de Chile y otro fue seleccionado por María Flora Yáñez para incorporarlo a su "Antología del Cuento Chileno Moderno". Pero yo, en la amplitud de mi ignorancia, no había leído una línea de Elisa Se-

rrana ni con respecto a ella cuando inicié la lectura de *Las Tres Caras de un Sello*.

Según se expresa en la solapa del libro, esta es la primera novela de la autora. Pero si no se afirmara esto tan perentoriamente los lectores la supondríamos, con toda razón, una avezada y concienzuda novelista en virtud de la innegable destreza evidenciada al mover con agilidad y seguridad a los personajes, al utilizar una técnica de superposición de planos, al estimular el desplazamiento ingrátido del tiempo mediante la evocación del pasado. Y sorprende, asimismo, la precisión del lenguaje puesto en boca de los distintos personajes, pues en muchos casos, y sobre todo tratándose de escritores noveles e inexpertos, se tiende a la adulteración expresiva de acuerdo con el propio y personal temperamento del autor y con proclividad hacia un diálogo amanerado y relamido.

Elisa Serrana entra, pues, al campo novelístico provista de buenas armas y ello explica lo acertado de su iniciación. *Las Tres Caras de un Sello* no es una novela trascendental llamada a señalar una época en la literatura nacional; pero es una buena novela de ambiente chileno, santiaguino, sin limitaciones lingüísticas o ambientales constrictivas, de suerte que puede llegar a todos los públicos de habla hispana por cuanto tiene todas las condiciones necesarias para captar la atención de cualquier lector chileno, español o venezolano. Es decir, *Las Tres Caras de un Sello* tiene calidad para convertirse en novela de difusión continental.

Las Tres Caras de un Sello constituyen la existencia limitada, constreñida y a veces dolorosa de Alberto Palma, un distinguido ingeniero casado con Luz Amalia Rozas, hija ésta de un distinguido hombre público y ex diplomático; en torno a la existencia de Alberto giran, además, la de Alicia, una muchacha de vida ligera con la cual éste ha mantenido relaciones llenas de altibajos, y la de Elena, secretaria del Ingeniero en las oficinas de la Empresa dirigida por éste. Y, además, el hijo del matrimonio Palma Rozas, Albertito, un muchacho desorientado, sin brújula y sin horizonte.

Alberto Palma sale una noche desde el fundo, situado en las proximidades de Melipilla y se dirige en su automóvil a Santiago. En el fundo queda Luz con los criados. Poco después llegan a comunicarle una mala nueva: según parece, un camión de carga embistió al auto de Alberto volcándolo; éste ha quedado muy mal herido y a pocos pasos se encuentra el cadáver de una mujer relativamente joven, la cual, evidentemente, viajaba en el automóvil accidentado. Alberto es llevado primeramente al Hospital de Melipilla para las atenciones de urgencia y, más tarde, con muchas precauciones, es trasladado a una Clínica en Santiago para operarlo. El cadáver de su acompañante queda en la Morgue de Melipilla a la espera de ser identificado por alguno de sus deudos, pero esto, a primera vista, no es fácil, pues su rostro ha quedado deshecho.

Además de Luz, acuden al Hospital, la secretaria: Elena, y la amante: Alicia. Y en el transcurso de estos instantes medianeros entre el de saber la noticia del accidente y la visión de aquel cuerpo abatido, pero en lucha por continuar existiendo, el recuerdo de cada una extiende sus alas para rememorar el trozo de vida y de tiempo recorrido a su lado en una u otra condición, con diverso motivo y experimentando distintas reacciones.

Esa es, en sustancia, la novela. Pero el cotejo de esas reacciones distintas y de esas situaciones diferentes entrega un denominador común: insatisfac-

ción, frustración. Ni se han realizado los ensueños un tanto matriarcales de Luz, ni Alicia logra su liberación, ni Elena puede hallar la ternura necesaria para su espíritu. Y Albertito, el hijo, ya de unos diecisiete años, también siente el vacío en su alma huérfana de afecto sincero para sus padres a quienes ha juzgado erróneamente.

Con estos materiales y manejando tales elementos psíquicos, Elisa Serrana ha construido una novela de vivo interés. Incluso le ha dado a la obra un toque de suspenso al mantener desconocida la identidad de la acompañante de Alberto, muerta en el accidente, y sólo en la última página de la novela es dable conocer su nombre, su posición y la razón por la cual realizó con el Ingeniero ese viaje fatal. O sea, ha escrito una obra con la maestría y destreza de un consumado novelista sabedor de su oficio.

En algún comentario hecho en torno a esta novela se ha expresado, con indudable falta de justicia, un reproche respecto al lenguaje dialogal del libro. Incluso se ha llegado a prescindir del pseudónimo de la autora para poder presentar en mayor contraste su condición de dama de distinguida estirpe y de refinada cultura con el vocabulario de Alicia, con la manera de actuar y de razonar de esta mujer de clase proletaria llegada a un nivel más elevado que el familiar a través del comercio galante, aun cuando sin llegar a ser una simple prostituta de burdel ordinario.

Afortunadamente, Elisa Serrana tuvo a su lado mejores consejeros al escribir su novela. Si lo hubiese sido alguno de aquellos impugnadores del lenguaje de Alicia, el personaje se habría deshecho, se habría desdibujado y no tendrían relieve la figura de doña Luz ni el de la bondadosa Elena, y, seguramente, habría resultado la novela una obrita muy pulcra, muy modosita y muy tiesa, sin ese calor vital puesto de relieve en cada página.

Las Tres Caras de un Sello está bien como fue escrita. Así lo ha comprendido el público lector ávidamente interesado en la novela con gran regocijo de los librerías. Pero este éxito inicial de Elisa Serrana le impone una ineludible obligación: escribir luego otras obras sin decaer sino, por el contrario, superándose.

Agustín Billa Garrido.

*El estructuralismo en la lingüística (A propósito de un libro de Martinet).**

Tal vez en ninguna época haya asistido el hombre a la prodigiosa serie de éxitos científicos, técnicos y culturales como la que nos depara nuestro tiempo. La historia nos empuja y crea tradición en unos pocos años. De allí que, pese a las óptimas condiciones de divulgación, resulte cada vez más quimérica la integración razonada del profundo caudal de saberes que nos ofrece la ciencia actual. Y no obstante, queremos conocer. Se nos impone entonces, en el dominio de aquello que no constituye nuestra órbita de especialización, el manual, la escuela de temporada, la conferencia, la reseña bibliográfica y todo tipo de síntesis. Conscientes de este fenómeno, hemos querido darle el mayor carácter posible de generalidad al comentario del libro que nos preocupa, aunque deseamos satisfacer también en algún grado al especialista.

*André Martinet. *Eléments de Linguistique générale*. Paris, Librairie Armand Colin, 1960, 223 pp.